

Clásicos del siglo XX

AL RIO TAJO

Si almenado de juncos pasa el río,
pasa el Tajo imperial y cristalino.
el ave disparándole su trino
pone un cerco canoro al bosque umbrío.

Pertrechado de flor, el praderío
le abastece de arroyos el camino,
le abastece en lo humano y lo divino
de adelfares, de fangó y de rocio.

Capitán, Garcilaso, de sus fuentes,
cien églogas rindieron sus banderas,
cien chopos se abatieron a su paso;

y en los romanos ojos de sus puentes
van llorando las aguas plañideras
al capitán del Tajo, a Garcilaso.

ADRIANO DEL VALLE

RECUERDOS

"COLÓN, 34"

por

Miguel MUÑOZ DE SAN PEDRO

(Conde de Canilleros)



UE un éxito sensacional aquel chotis. Después de tantos años, aun sigue sonando a todos el estribillo:

«Colón, Colón, treinta y cuatro,
tiene usted su habitación
y una chica muy decente,
sin ninguna pretensión;
en la calle de Colón, Colón,
siempre a su disposición.»

Es uno de los cuplés que hicieron época y que perduran. Al recordarlo, hay que evocar siempre a la artista que lo estrenó y lo hizo famoso, a Carmen Flores.

—Realmente —me dijo cuando la conocí— me llamó Carmen Pereira Barrera. Soy de Extremadura, como tú; paisana de Espronceda y Carolina Coronado, porque nací en Almedralejo, hace unos cuantos años...

Después supe que eran muchos los que hacía, pues contaba ya los cincuenta, porque nació en 1888 y la conversación la sosteníamos en 1939. Yo no la alcancé en su época de esplendor, en aquellos momentos en los que su arte y su belleza triunfaban en los escenarios y en la vida; cuando fue famosa como artista y mimada como mujer, llegando incluso a enamorar a un poderoso príncipe moro, tema muy comentado en su momento.

Yo no vi a Carmen Flores en los años de triunfo, porque era un muchacho. Escuché sus canciones en discos que aun conservo, entre los que, lógicamente, está el *Colón*, 34.

—Hice populares muchos cuplés —me dijo en una de nuestras charlas,— pero quizá ninguno tanto como ese chotis. Uno de mis primeros triunfos fue *La maja goyesca*, que causó sensación cuando me presenté en Madrid, en 1913. Antes había actuado en Barcelona y por América.

—Tú has tenido poco contacto con nuestra tierra —le dije un día.

—Muy poco —me contestó—. Salí de Almendralejo siendo casi una niña, para ir a Sevilla, donde estudié canto y baile en una academia. Quería ser cupletista, lo que entonces estaba de moda, y lo conseguí.

A diferencia de la Fornarina, la Goya y Raquel Meller, que siguieron una línea de variedad, con perfiles suaves, Carmen Flores se centró de manera casi exclusiva en lo castizo español: más concretamente, en la chulería madrileña, graciosa y desenfadada. A ese género pertenecen *Colón*, *La castañera*, *Chulapona*, *La chalá*, *La celosa*, *Su majestad el chotis* y tantos otros cuplés que valieron a Carmen resonantes triunfos.

Su belleza y su arte la completaban su gracia y su garbo en el manejo del clásico mantón de Manila. Con frecuencia mezclaba en sus canciones monólogos chispeantes, comentarios picarescos, que hacían más atractiva su actuación.

Siguió guapa por mucho tiempo, despertando pasiones, con el curioso detalle de guardar relación con la realeza, pues si antes se habló de un príncipe moro, después se dijo de algún cristiano con apellido dinástico...

Cuando la traté, todo había pasado. Ya no era más que la dueña de una pequeña tienda en la madrileña calle de Alcalá, junto al teatro Alcázar. Luego puso la *Pensión Flores*, en la calle de Jiménez de Quesada, en el número 2, que regentaría hasta su muerte.

—No sirvo para negocios —me dijo una vez—; pero hay que vivir, y me voy defendiendo.

Aún volvió a actuar en los escenarios. Fue nada menos que en el teatro de la Zarzuela, cuando ya se acercaba a los setenta. Fui a verla, al igual que todo el público, como se va a ver una reliquia histórica o una pieza de museo. Gorda, sin belleza, sin voz y sin agilidad, inspiraba verdadera pena. No quise entrar a saludarla, porque no hubiera sabido qué decir. Cantó, como era lógico, el *Colón*, 34.

Me encontré con ella más tarde:

—¿Sabes que he vuelto a actuar?— me preguntó.

—Lo he leído en la prensa —le contesté—. Sentí mucho no estar en Madrid, porque hubiera ido a verte.

No quiso seguir comentando el tema. Yo saqué otra conversación. Nos despedimos pronto.

Mi trato con Carmen fue siempre así. Todo se redujo a unas cuantas charlas superficiales. Deje de verla en los últimos años. Un día leí la noticia de su muerte, ocurrida el 26 de Febrero de 1969, a los ochenta años cumplidos. Murió en su *Pensión Flores*.

Era la última superviviente del Madrid de Romea y Novedades; el último capítulo de la historia de las variedades; de la pequeña historia de un arte frívolo y grato, que derramó su perfume hasta los años veinte.

Con la extremeña Carmen Flores se fue el madrileñismo ya caduco, que yo voy alguna vez a buscar en un viejo gramófono de bocina, en el que su voz fresca y bien entonada sigue cantando el *Colón*, *Colón treinta y cuatro*...

